

INTERNADOS

Algunas puntuaciones sobre la obra de Erving Goffman

Presentación

La obra “Internados” de Erving Goffman¹ reúne algunos ensayos sobre la situación social de los enfermos mentales. Si bien fue escrita sobre sus registros en una institución de pacientes con padecimientos mentales en Washington en 1956, sus descripciones, el análisis de los comportamientos y la interacción institucional, tanto de los pacientes como de los agentes de los servicios, siguen teniendo una enorme vigencia en nuestro tiempo.

El autor nos anticipa su objetivo: tratar de aprender algo sobre el mundo social de los pacientes hospitalizados, según ellos mismos lo experimentan subjetivamente. Para ello tomó un lugar como asistente del director de gimnasia durante su estadía en el neuropsiquiátrico, de modo que podía pasar el día con los pacientes, evitando “todo contacto social con el personal: *“...si me apuraban, confesaba ser en realidad un estudiante de las actividades recreativas y la vida de comunidad”*”.

Explica que para obtener los pormenores etnográficos deseados sobre determinados aspectos de la vida social del paciente, no aplicó los tipos usuales de medidas y controles, sino que supuso que el rol y el tiempo requeridos para recoger pruebas estadísticas de solo unas pocas afirmaciones, le impedía reunir datos generales sobre la estructura íntima de la vida del paciente. En la misma convicción metodológica estaba convencido de que cualquier grupo de personas, sean presos, miembros de una tripulación o enfermos hospitalizados, *“forman una vida propia que, mirada de cerca, se hace significativa, razonable y normal y que un buen modo de aprender algo sobre cualquiera de esos mundos consiste en someterse personalmente, en compañía de sus miembros, a la rutina diaria de las menudas contingencias a la que ellos mismos están sujetos”*.

Introducción y concepto y características de las Instituciones Totales

Una *Institución Total* puede definirse como un lugar de residencia y trabajo, donde un gran número de individuos en igual situación, aislados de la sociedad por un período apreciable de tiempo, comparten en su encierro una rutina diaria, administrada formalmente.

¹ **Erving Goffman** (1922-1982) es considerado uno de los sociólogos más novedosos del S XX. Tal vez su recorrido por la Filosofía y las Artes le permitió una especial dedicación al estudio de los pequeños grupos y su comportamiento, campo que a lo largo del siglo se fue configurando como la micro-sociología. Además de la obra a la que nos referimos en este escrito, pueden consultarse: *“La presentación de la persona en la vida cotidiana”* y *“Estigma, la identidad deteriorada”*, entre otras.

Las cárceles, dice el autor, sirven como ejemplo notorio, pero advierte que el mismo carácter intrínseco de prisión tiene otras instituciones, cuyos miembros no han quebrantado ninguna ley.

Con el objeto de despejar las particularidades de las IT, Goffman examina la vida social y sus establecimientos (instituciones, en el sentido corriente de la palabra) donde los sujetos desarrollan algún tipo de actividad, algunos más accesibles como las estación de trenes o más exigentes para su ingreso, como un laboratorio por ejemplo. En algunos habrá un número reducido de miembros, en otros un grupo mayor de participantes, pero en cualquiera de estos casos, estos establecimientos se refieren a un tipo particular de actividad desarrollada en un segmento de tiempo.

En cambio, al referirse a la vida social de las IT, Goffman se apoyará sobre todo en aquellas en donde el individuo no ingresa voluntariamente: el hospital psiquiátrico y la cárcel.

Y si bien, toda institución absorbe parte del tiempo e interés de sus miembros, o sea, tiene tendencias absorbentes, en las IT esta característica es mucho mayor. La tendencia absorbente o totalizadora en ellas esta simbolizada por los obstáculos que se oponen a la interacción social con el exterior y al éxodo de los miembros, y suelen adquirir forma material: puertas cerradas, muros altos, alambres de púas, acantilados o ríos. Estas son las *Instituciones Totales*

Pueden clasificarse, según el autor, en cinco grupos:

- Instituciones erigidas para cuidado de personas incapaces e inofensivas, como los hogares para ancianos, huérfanos, indigentes, por ejemplo.
- Instituciones erigidas para el cuidado de personas incapaces de cuidarse a sí mismas y que pueden constituir una amenaza involuntaria (hospitales de enfermos infecciosos, psiquiátricos)
- Instituciones erigidas para proteger a la comunidad contra quienes son intencionalmente un peligro para ella como las cárceles por ejemplo.
- Instituciones erigidas para el mejor cumplimiento de una tarea laboral (barcos, cuarteles, por ejemplo)
- Instituciones erigidas como refugios del mundo, que con frecuencia sirven para la formación de religiosos (abadías, monasterios)

Ahora bien, un ordenamiento social básico en la sociedad moderna consiste en que el individuo tiene que dormir, jugar y trabajar en distintos lugares, con diferentes coparticipantes, bajo autoridades diferentes y sin un plan racional amplio. La característica general de las instituciones totales es la ruptura de las barreras que separan ordinariamente estos tres ámbitos de la vida.

Primero, todos los aspectos de la vida se desarrollan en el mismo lugar y bajo la misma autoridad única. Segundo, cada etapa de la actividad diaria del individuo se lleva a cabo en la compañía inmediata de un gran número de otros, a quienes se da el mismo trato y de quienes se requiere que hagan juntos las mismas cosas. Tercero, todas las etapas de las actividades diarias están estrictamente programadas, o sea que una actividad conduce en un momento prefijado a la siguiente, y toda la secuencia de actividades se impone desde arriba,

mediante un sistema de normas explícitas, y un cuerpo de funcionarios. Finalmente, las diversas actividades obligatorias se integran en un solo plan racional.

El hecho clave de las instituciones totales consiste en el manejo de muchas necesidades humanas mediante organización burocrática de conglomerados humanos, indivisibles.

Las personas a quienes se hace mover en masa pueden confiarse a la supervisión de un personal cuya actividad específica no es la orientación ni la inspección periódicas, sino la vigilancia: ver que todos hagan lo que se les ha dicho claramente que se exige de ellos, en condiciones en que la infracción de un individuo probablemente se destacaría en singular relieve contra el fondo de sometimiento general, visible y comprobado.

En las instituciones totales hay una escisión básica entre un gran grupo manejado: los *internos*, y un pequeño grupo de *personal supervisor*. Los internos viven dentro de la institución y tienen limitados contactos con el mundo más allá de sus cuatro paredes. El personal, en cambio, cumple una jornada de ocho horas y está socialmente integrado con el mundo exterior. Cada grupo tiende a representarse al otro con rígidos estereotipos hostiles: el personal suele juzgar a los internos como taimados e indignos de confianza y los internos suelen considerar al personal como despótico y mezquino. El personal se siente superior y justo y los internos inferiores, débiles y censurables.

La distancia social entre estos dos grupos está a menudo prescripta. Una de las funciones de la “guardia” es controlar la comunicación efectiva entre los internos y el nivel superior. También se restringe el paso de información, especialmente en lo relativo a los planes del personal con respecto a los internos. La característica es más bien, mantenerlos en la ignorancia de las decisiones que se toman sobre su propio destino. Esto da al personal una base sólida para erigir su dominio y guardar distancias.

Todas estas restricciones de contacto ayudan presumiblemente a mantener los estereotipos antagónicos. Poco a poco se van formando dos mundos social y culturalmente distintos que tienen ciertos puntos formales de tangencia pero muy escasa penetración mutua. El edificio y el nombre de la institución, para los ojos del personal y también de los internos, llegan a identificarse así como pertenecientes al personal y no a ellos.

Otra característica problemática de las IT concierne al trabajo: en el ordenamiento ordinario de la vida dentro de nuestra sociedad, la autoridad que rige en el lugar de trabajo cesa en el momento en que el trabajador recibe su paga y la gasta según su decisión. El individuo que internalizó un ritmo de trabajo afuera, tiende a desmoralizarse por el sistema de trabajo de la institución total, ya que al tener su día programado y sus necesidades planificadas, la autoridad no cesa después del trabajo y cualquier incentivo propuesto carece de la significación estructural que tiene en el exterior. A veces se les da un pago mínimo, ceremonial, como ración de comida, o tabaco para que permanezcan en sus puestos, otras veces no son recompensas sino amenazas de castigo físico o psíquico.

Otro elemento fundamental de incompatibilidad es con la familia: la vida familiar suele contraponerse a la vida solitaria, pero en realidad el contraste más pertinente es con la vida de cuadrilla. La fuerza de la institución total depende en parte de la supresión de todo un círculo de familias reales o potenciales, las cuales proporcionan una garantía estructural de resistencia permanente contra las IT.

El mundo interno

I.

Es característico que los internos lleguen al establecimiento con una *cultura de presentación* derivada de un “mundo habitual”, un estilo de vida y una rutina de actividades que formaba un marco de referencia y permitía mecanismos defensivos al yo, para evitar conflictos, descréditos y fracasos.

Las IT no reemplazan la cultura propia por algo ya formado, ni producen *aculturación* ni asimilación. Es algo aún más restringido: si algún cambio cultural ocurre, derivará de la eliminación de ciertas oportunidades de comportamiento y la impotencia de mantenerse al día con los cambios sociales recientes en el exterior. De ahí que si la estadía del interno es larga, puede ocurrir lo que se ha denominado “*desculturación*”, o sea, un “desentrenamiento” que lo incapacita temporariamente para encarar ciertos aspectos de la vida diaria en el exterior, si es que vuelve a él y en el momento que lo haga. Estar “adentro” o “encerrado” no significa nada si no depende del significado especial que tenga para él “salir” o “quedar libre”. En este sentido las instituciones totales no persiguen verdaderamente una victoria cultural, sino que crean y sostienen un tipo particular de tensión entre el mundo habitual y el institucional, y usan esta tensión como palanca para el manejo de las personas.

II.

El futuro interno llega al establecimiento con una representación de sí mismo acorde con ciertas disposiciones sociales establecidas en su medio. Apenas entra se le despoja inmediatamente del apoyo que éstas le brindan y comienzan para él una serie de depresiones, degradaciones, humillaciones y *profanaciones del yo*. La *mortificación del yo* es sistemática, aunque no siempre intencionada. Se inician ciertas desviaciones en la carrera moral, carrera compuesta por los cambios progresivos que ocurren en las creencias que tiene sobre sí mismo y sobre los otros significativos.

La barrera que las instituciones totales levantan entre el interno y el exterior marcan la primera *mutilación del yo*.

El ingreso rompe con la programación de los roles que el sujeto tenía en sus distintos ámbitos, puesto que la separación entre el interno y su mundo “dura todo el día” y puede continuar durante mucho tiempo. En muchas IT se prohíbe al principio el privilegio de recibir visitas o de hacerlas fuera del establecimiento, asegurándose así un profundo corte que aísla los roles del pasado y una apreciación del despojo del rol.

El proceso mismo de admisión acarrea otras pérdidas y mortificaciones: incluyen historia social del individuo, controlar el peso, bañarlo, cortarle el pelo, tomarle fotografías o impresiones digitales, asignar números, efectuar registros, hacer una nómina de los efectos personales para enviarlos a un depósito, desvestirlo y entregarle la ropa de la institución, entre otras prácticas. Este proceso puede considerarse como parte de la “bienvenida” en la que además se le suele poner nombres degradatorios. El proceso es una despedida y un comienzo, con un punto medio señalado por la desnudez física. La despedida implica el

desposeimiento de toda propiedad, la más significativa es el propio nombre. Los registros y confiscaciones refuerzan ese desposeimiento.

Una vez que se despoja deben hacerse reemplazos, pero estos son entregas comunes, impersonales, distribuidas uniformemente. El “ajuar” de las instituciones consiste en prendas viejas, usadas, que en general no corresponden a su medida y muchas veces no son más que despojos.

Después del ingreso, la imagen del yo que presenta es atacada de otras formas, como realizar gestos denigratorios, obligar a dar respuestas humillantes, exigencias de mantener posiciones corporales humillantes, obligar al tratamiento de “jefe”, “señor”, en fin, el enfermo tiene que participar en una actividad de la que derivan consecuencias simbólicas incompatibles con su concepción del yo.

Una forma de *mortificación del yo* ulterior, se manifiesta ya en el ingreso, bajo la forma de *exposición contaminadora*: afuera, el individuo puede mantener ciertos objetos ligados a la conciencia de su yo, por ejemplo su cuerpo, sus actos inmediatos, sus pensamientos y algunas de sus pertenencias, a salvo de contacto con cosas extrañas y contaminadoras. Se traspasa el límite que el individuo trazó entre su ser y el medio ambiente. Se viola la intimidad de sí mismo. La celdas con barrotes cumplen óptimamente ese exhibicionismo. Cuando el agente de contaminación es otro hombre, se produce una contaminación suplementaria, por el contacto interpersonal forzado y su consecuente relación social forzada. El modelo de esta es la violación. Además el mezclar a todos los grupos, edades razas diferentes exponen al enfermo a una contaminación por contacto con compañeros indeseables.

Otro tipo de exhibición contaminadora introduce a un extraño en la relación íntima de un individuo con sus otros significativos, como leer correspondencia.

Pero la exhibición puede ocurrir en formas más drásticas, como ser testigo de un atropello físico a alguien con el que se está vinculado y no hacer nada (por ejemplo presenciar la terapia de shock).

Todo esto comporta una terrible visualización de la autoridad omnipotente bajo la cual vive.

III.

Una fuente de mortificación menos directa en sus efectos es la ruptura de la *relación habitual del actor con sus actos*. La primera ruptura es el “*looping*”: un estímulo origina una reacción defensiva en el enfermo, y toma esta reacción como objetivo en su próximo ataque. El enfermo comprueba que su reacción defensiva falla en la nueva situación, no puede defenderse como podía hacerlo de costumbre en su vida social, poniendo distancia entre la situación mortificante y su yo (reacciones expresivas de autoprotección como gestos de malhumor o ironía, pueden ser tomadas por el personal como insolencias y reprimirlas punitivamente).

Ahora bien, en la vida social corriente, hay un sector de la actividad en la que la autoridad no interviene, por ejemplo cuando uno se toma unos minutos en terminar algo y después comer. Pero en las IT, el personal puede someter a reglamentos y juicios, segmentos minúsculos de la línea de acción de una persona. Desbarata así toda planificación autónoma de las acciones de un individuo, que es obligado a pedir permiso o elementos para actividades menores. Esta obligación le impone al sujeto un rol de sometimiento e

invalidez antinatural y deja la línea de acción del enfermo expuesta a intromisión del personal.

Dos aspectos de esta tendencia producen una multiplicación de reglas:

- Estas reglas suelen conectarse con la obligación de realizar la actividad al unísono.
- Estas reglas difusas se dan en un sistema jerárquico, por lo que, cualquier miembro del personal tiene ciertos derechos para disciplinar a cualquier interno, lo que aumenta las probabilidades de sanción.

Con estos dos costados de la administración arbitraria de las reglas, el interno vive atormentado por la ansiedad crónica de quebrantarlas y sufrir la consecuencia inevitable.

IV.

Goffman identifica tres grandes líneas de los procesos de mortificación:

En primer lugar, las IT desbaratan o violan los actos que en la sociedad civil cumplen la función de demostrar al actor que tiene cierto dominio sobre su mundo, es decir, la autodeterminación o la autonomía para hacer determinadas cosas según su propio criterio. Asimismo, por ejemplo, responder a una pregunta según sus propias palabras, hacen que un sujeto sostenga su percepción de ser alguien reconocido o digno de cierta consideración. Las IT arrasan con esta posibilidad porque siempre hay que responder según criterios de una ambigüedad que solo depende del capricho de quien los indica.

En segundo lugar están los procesos que intentan una fundamentación lógica de justificación de las agresiones al yo. Pueden reconocerse al menos tres grupos diferentes: en las instituciones religiosas, los reclusos y la superioridad procuran consumir activamente las disminuciones del yo a través de la automortificación. En los campos de concentración y cárceles, algunas mutilaciones de yo se admiten por su poder mortificante, pero en este caso, el interno ya no acepta ni facilita la destrucción de su propio yo, si bien se puede ver obligado a adaptarse. En las instituciones restantes: se justifican con criterios como higiene, responsabilidad por la vida (alimentación forzada), capacidad de combate (apariencia personal en militares).

En las tres, esas argumentaciones suelen ser simples racionalizaciones que tienen su origen en los esfuerzos por manejar diariamente un grupo grande de personas en un espacio reducido y con poco gasto de recursos.

En tercer lugar, Goffman analiza la relación entre este marco de referencia, de interacción simbólica construido para estudiar el destino del yo y el modo de referencia psicofisiológico convencional centrado en el concepto de "*tensión*": el individuo y los otros deben "interpretar" los ordenamientos sociales, para encontrar la imagen del yo propio que ello implica. La mortificación del yo arrastra una aguda tensión psíquica en el individuo. Pero a veces esta tensión puede producirse por otras causas como falta de sueño, mala alimentación o las malas condiciones de vida. También un alto grado de ansiedad o privación de cosas pueden exagerar el efecto psicológico de la violación de los límites del yo, aunque estos factores pueden tener poco que ver con los tipos de mortificación que se desarrollaron hasta aquí. (Sólo un ejemplo: según el lenguaje expresivo de una sociedad, el hecho de rapar la cabeza puede interpretarse como una disminución del yo y esta mortificación que puede enfurecer a un paciente mental, puede, en cambio, resultar grata para un monje y constituirse como marca identitaria)

Entonces, la tensión y las agresiones contra el yo pueden estar ligadas empíricamente, pero son de dos marcos de referencia distintos.

V.

Otro rasgo importante de las IT es que al mismo tiempo que se desarrolla el proceso de mortificación, el interno comienza a recibir instrucción formal e informal sobre lo que Goffman llama: el sistema de privilegios. Si los procesos de despojo ejercidos por la institución han liberado al interno de la adhesión a su yo civil, el sistema de privilegios le proporciona al interno un amplio marco de referencia para la reorganización personal, una cierta “reconstrucción” del yo. Tiene básicamente tres elementos: A) Las “normas de la casa”: prescripciones y procripciones. B) Las recompensas y privilegios, un pequeño número de ellos a cambio de la obediencia al personal, con su efecto reintegrador, reanudando las relaciones que el sujeto mantenía con el mundo perdido y atenuando los síntomas de la exclusión. La edificación de un mundo en torno a estos privilegios mínimos es el rasgo más importante de la cultura del recluso. C) Los “castigos”, consecuencia del quebrantamiento de reglas que consisten en la supresión temporaria o permanente de privilegios o privación del derecho a su conquista.

Los privilegios y los castigos son modos de organización inherentes a las IT.

En ellas los privilegios no son “los privilegios” sino solamente ausencia de privaciones. El destino en la IT o la libertad futura se elabora dentro de este sistema ya que ciertos actos pueden ser el medio para acortar o no la duración de la estadía.

Relacionado con este sistema, se elabora una “jerga institucional” que sirve a los internos. El personal conoce esta jerga y la usa para con ellos. Y junto a esta jerga los internos se inician en el conocimiento de la estratificación interna y sus jurisdicciones.

Los “lios” tienen una función social. Evitan la rigidez que sobrevendría si las promociones por antigüedad fueran la única manera posible de movilidad dentro del sistema. Además la pérdida del status pone en contacto a los más viejos con los nuevos y asegura el flujo de información sobre el sistema y la población.

Asimismo hay un sistema de “ajustes secundarios”, prácticas que sin desafiar directamente al personal permiten obtener satisfacciones prohibidas o bien lícitas pero por medios prohibidos (privilegios o “acomodos”).

Hay otros factores que pueden apuntar a la reconstrucción del yo: el alivio de las responsabilidades económicas y sociales sin duda constituye uno de esos factores. Pero otro muy importante, son los procesos de confraternidad que llevan a personas socialmente distantes a prestarse ayuda y cultivar hábitos comunes de resistencia contra el sistema que les impone intimidación forzosa, igualitaria comunidad de destino, etc. El “nuevo” puede descubrir así, que sus compañeros son seres humanos comunes. Los delitos dejan de ser medios efectivos para juzgar. La tendencia a compartir el sentimiento común de ser víctima de la injusticia y el rencor consiguiente, marcan una importante evolución en la carrera moral.

Ocurre por contrapartida, que el personal siente que la solidaridad entre grupos de internos puede servir de base para la actividad concertada que prohíben los reglamentos, y entonces procura impedir la formación de grupos primarios (camarillas, grupos representativos por ejemplo).

VI.

A veces, las compulsiones que llevan a los enfermos a tener simpatía y comunicación con los demás no llevan a una elevada moral y solidaridad de grupo. Hay casos en que el interno no puede confiar en sus compañeros y se produce una cierta “anomia”. Las diferencias individuales determinarán distintas posibilidades de adaptación. El interno usará diferentes modos personales de adaptación en las distintas etapas de su carrera moral. Tácticas que representan conductas coherentes a seguir: (cada una representa una forma de “controlar” la tensión existente entre el mundo habitual y el institucional). *Regresión situacional*: el interno se abstiene de toda participación activa en la vida de relación. En los psiquiátricos se llama regresión.

Línea intransigente: el interno se enfrenta con la institución y se niega a cooperar con el personal. El rechazo sostenido requiere de una posición firme de su organización formal. Entonces se eleva su moral individual.

Colonización: el interno se construye una vida relativamente placentera y estable, con el máximo de satisfacciones que pueda conseguirse. La experiencia del mundo exterior es punto de referencia para demostrar lo deseable que es la vida adentro, la tensión habitual entre ambos mundos está reducida.

Conversión: el interno parece asumir la visión que el personal tiene de él y se empeña en desempeñar el rol de perfecto pupilo (mientras que el colonizador construye para si algo parecido a la comunidad libre, éste es más disciplinado)

Juego astuto: supone una combinación oportunista entre ajustes secundarios, conversión, colonización y lealtad al grupo, y tiende a dar al interno el máximo de posibilidades para salir airoso. El interno apoya la resistencia de sus compañeros y es dócil frente al personal, y aunque aprende a cortar lazos con el exterior para dar realidad cultural a su mundo interior no lo hace hasta una colonización.

Quedan pendientes en estas puntuaciones hechas sobre la obra de Goffman, temas tan importantes como la dimensión de la “cultura del interno” o las ansiedades propias que se despliegan ante la posibilidad de que se concrete el alta. Este capítulo es sustantivo al tiempo de acompañar la pregunta sobre las propias capacidades de volver a adaptarse a el mundo que interrumpió la internación. Será motivo de seguir trabajando el tema.
